

Comunicación del Premio "Academia" a D. Jorge Guzmán ³⁰

POR FELIPE ALLIENDE 29

¡Ay, Jorge Guzmán! En primer lugar, permíteme pedirte perdón a ti, a los señores académicos presentes y a los amigos que asisten a este acto, por mi involuntaria ausencia. Cuando se lean o escuchen estas palabras, yo estaré en Chichicastenango o en Santa Cruz del Quiché, la ciudad de los eternos celajes, trabajando con mis amigos guatemaltecos para lograr una mejor educación en esas tierras lejanas. Estaré ahí donde la historia de América Latina nos atenaza a cada momento el corazón con dedos gigantes e ineludibles. Quisiera ser, desde allá, una presencia en este acto, que se sume a otras presencias, que iré evocando hasta llegar a las que tú evocas en tu obra, *Ay mamá Inés*.

¡Ay, Jorge Guzmán! Volvamos a pasearnos por los jardines del viejo Instituto Pedagógico. Escuchemos otra vez el vozarrón de Juan Uribe Echeverría. Sigamos los nerviosos paseos de don Eleazar Huerta, en búsqueda de la poética del Poema del Cid. Asistamos a la muerte de Orfeo, que nos narra don Roque Esteban Scarpa. Protestemos contra las báquicas jaranas de García Bacca. Escuchemos de nuevo a don Ricardo Latcham, hablándonos una y otra vez del naturalismo latinoamericano. Volvamos, Jorge Guzmán, volvamos. Vivamos los apasionados amores de Garcilaso llevados de la mano de don Antonio Doddis. Digamos otra vez, como en tantas otras ocasiones, junto con don Quijote, siempre en defensa de los injustamente acusados, aquello de: "*No le mana, canalla, infame, no le mana, digo, eso que decís, sino ámbar y algalia entre algodones*". Y, otras tantas veces, digamos contra gente desalmada y descomunal: "*Vos sois el gato y el rato y el bellaco*". Pero, no quisiera seguir pensando en esos momentos, aunque tampoco quisiera negarlos. Sí, en esos días en que nos metimos hasta el codo en eso de las aventuras existenciales, evocamos tantas presencias hispanas. Teresa de Ávila recorriendo sus conventos del Carmelo. San Juan de la Cruz invitándonos a la cena que recrea y enamora, y recordándonos que mal de amor no se cura, sino con la presencia y la figura. Sí, vivimos esa España erasmista, lúcida y libertaria. Caminamos por las sendas adustas de la Contrarreforma. Góngora y Quevedo estuvieron con nosotros. Todo está presente, Jorge Guzmán. Esa historia cercana, ya no tan cercana, de nues-

tros días en el campus del viejo Instituto Pedagógico, y nuestras múltiples vivencias de la historia de España.

“Probar todas las cosas, el apóstol lo manda” nos dice el Libro de Buen Amor, que tan bien conoces, y decidiste cambiar la pluma por los tupíes, Santiago por Cochabamba. Pero volviste. El submarplano de Quintín el aventurero quedó sumergido en el fango, abandonado en algún punto remoto del oriente de Bolivia. Y de la pluma que querías dejar, brotó el Capanga, crucificado navegante de las aguas fluviales, y de tus recuerdos, Job-boj, para escándalo de pacatos y deleite de desprejuiciados.

Volvamos con Félix Martínez a tener ese departamento de Castellano ideal. Leamos nuevamente Ser y tiempo, las Investigaciones Lógicas, la Introducción a las Ciencias del Espíritu. Así fue, Jorge Guzmán. Metimos las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras existenciales: búsqueda, desafíos, deseos de crecer y mejorar. Me he permitido evocar estas presencias cercanas, ya no tan cercanas, porque, con la obra que hoy día es premiada, con *Ay mamá Inés*, tu crónica testimonial, has evocado y hecho vivir presencias ignoradas o mal asimiladas de nuestra historia común. Inés de Suárez, que era sólo una desdibujada figura legendaria, ha cobrado vida en tus manos. Hemos asistido a cada uno de sus recuerdos; hemos sentido su amor apasionado, sus desprecios, sus ansias de mujer, sus venganzas sufridas. Pedro de Valdivia ha dejado de ser letra muerta de los textos de estudio. Junto con sus fieles, y no tan fieles compañeros, ha cabalgado por desiertos, bosques y montañas; ha sudado chorros; ha proferido denuestos; ha mostrado la grandeza y la pequeñez de sus grandes ambiciones.

Ay mamá Inés, éramos un pueblo, prácticamente sin madre. Más bien nos habíamos creado falsas madres. Madres super idealizadas, dignas damas castellanas, casi nobles, olvidándonos de las rústicas campesinas de Andalucía que fueron, en realidad, la mitad de nuestras madres. Contigo, Inés de Suárez, evocada por Jorge Guzmán, recuperamos la figura ancestral de la mama. La que cría, la que toca, la que entona las canciones de cuna y guía al niño en sus primeros pasos. Ahora podemos entonar la balada de nuestras abuelas y nuestras mamas, tal como Guillén entonó la balada de los dos abuelos.

Vestidos largos, tocas negras, misas, campanas, jaculatorias,

Nuestra abuela hispana.

La costurerita que allá en su casa, en las callejas de Lima, esfuerza sus ojos a la luz de los candiles, ¡Ay, mamá Inés!

La ruca, los árboles, el bosque, el río que canta, las aves, el telar que va formando la trama, ¡Ay, mama, mamita!

La tejedora de jubones de lana, la que hacía manjar blanco con leche de burra. ¡Ay, mamá Inés!

Los ojos asombrados ante las bestias y el metal que deslumbra, los niños arrebatados, trasladados del bosque a las callejas de la aldea naciente, el alarido incontenible ante las cabezas ensartadas en las picas. ¡Ay, mama, mamita!

La lengua castellana con sus esdrújulas sonoras, con sus graves abundantes, con sus poderosa agudas. Nuestra abuela hispana.

La que con voz segura manejaba mayordomos, ganados, doctrineros y estancieros. ¡Ay, mamá Inés!

El mapudungu misterioso con sus consonantes enredadas, sus tonalidades bajas y sonoridades extrañas. ¡Ay, mamá, mamita!

El viaje interminable, cabalgando siempre; las montañas, los valles, los desiertos, los ríos, las escaramuzas. ¡Ay, mamá Inés! La tierra siempre, las tradiciones que se marcan en la noche, las incursiones a lo largo de los valles, la búsqueda del agua, la alfarería que va saliendo lentamente de las manos. ¡Ay, mamá, mamita!

Y así se juntaron nuestras madres, la de estas tierras, la que siempre nos estuvo esperando, y la que llegó con lengua extraña y dioses nuevos. La que siempre ha estado ahí, sentada sin conocer, más que el paisaje que sus ojos abarcan, y la que blandió la espada y cortó las cabezas que ella consideraba que debían ser decapitadas. La que clamó por la injusticia de sus hombres muertos porque sólo defendía su tierra, la tierra que siempre había sido suya, y la que defendió la tierra que un día sintió suya.

¡Ay, Jorge Guzmán! Con tu libro nos has lanzado, inmisericorde, a la vivencia de nuestra historia; a enriquecer con toda clase de presencias los pasos que vamos dando por la vida. Ya no podemos seguir viviendo tan tranquilos, como si no tuviéramos historia, como si la historia no viviera en constante batalla en cada uno de nosotros. Hoy, también en Chile, unas manos poderosas atenazan nuestros corazones con dedos enormes e ineludibles. Leímos tu libro, Jorge Guzmán, y con algo de grito y de suspiro, no podemos menos de decir una y otra vez: ¡Ay, mamá Inés! ¡Ay, mamá Inés!

Discurso de agradecimiento

de JORGE GUZMÁN

Distinguidos amigas y amigos:

Nada más fácil que sentir agradecimiento. Pocas cosas más difíciles que expresarlo bien. Peor aún si al dar las gracias hay que responder a una presentación cordial y chispeante como la de mi querido amigo Felipe Alliende, y aparecer, contra ese simpático fondo, con un discurso acartonado como suelen ser los míos.

Escogí, por eso, decir a la llana que estoy contento por este premio con que la Academia ha querido distinguir *Ay mamá Inés*. Las razones son muchas, y no es la menor que sean miembros de esta Academia dos de mis maestros del añorado y querido Departamento de Castellano del antiguo Pedagógico, los profesores Roque Esteban Scarpa y Ambrosio Rabanales, que en los años cincuenta empezaron a enseñarme las bellezas y las intimidades del español.

Pero lo que más alegra tiene que ver con lo que significa escribir ficción hoy en Chile. Todos sabemos que escribir tiene dos componentes claramente diferenciados. Es, primero, una actividad recoleta y silenciosa, que cada cual cumple como puede, pero casi siempre en soledad. Cuando digo "soledad", sin embargo, no quiero decir algo así como una situación de altiva preeminencia o de excelstitud singular. Quiero nada más decir que el autor de ficciones trabaja preocupado solamente de su pelea con el ángel del lenguaje, y todo sabemos que este ángel es muchas veces desobediente, en ocasiones intratable y siempre poderoso. El proceso de escribir tiene así sus alegrías y sus tristezas propias. A menudo ni siquiera los más íntimos tienen acceso a ellas.

Todos estos esfuerzos, sin embargo, que pueden durar años y ser arduos, han de terminar alguna vez, y entonces hay que mostrar el texto resultante. Se acaba el aislamiento. Vuelven a tener vigencia todas las objetividades que habían estado ausentes del proceso de la escritura. Y estas objetividades, hoy, me parecen estar en un momento triste. Se ha producido un desconcierto histórico cuya marca es lo que llamamos la posmodernidad. Y nuestra posmodernidad no es la que sufren y gozan los países desarrollados. En concreto, entre nosotros, se produce una burda contradicción. El

mundo posmoderno está regido por el mercado. Y este personaje nos resulta todavía menos tratable que el ángel del lenguaje. Todos hemos oído decir que su mano invisible reparte alegrías económicas portentosas o las mezquina. Es el mercado el que en último término dice qué textos son dignos y cuáles carecen de valor. Pero entre nosotros, la mano invisible del mercado ni premia ni castiga. El ángel del mercado simplemente le da la espalda a la creación en todo el Tercer Mundo. Y si ya en el Primer Mundo la presencia del mercado implica una disociación tajante entre el acto privado de escribir y la recepción pública que implica la lectura del texto resultante, casi marea pensar qué le hará esa disociación a nuestros textos y a nuestros escritores, en un mundo como el nuestro. Aquí no está el mercado, sino sólo su fantasma. Y sin embargo, este fantasma separa el acto privado de escritura del texto público.

Lo hermoso de este premio Academia es que repone a nivel público la importancia del primer momento, cuando para el autor solamente contaba el lenguaje y su resistencia, antes de que el ángel del mercado se mostrara ausente y con ello pusiera de manifiesto no la significación del texto, que era lo que buscaba el escritor, sino todas las carencias de nuestras sociedades pequeñas, atomizadas y pobres. Al volverse sobre el sólo lenguaje, la Academia repone lo privado del acto de escritura en el lugar público que un día tuvo, cuando las comunidades nuestras se reconocían en el esfuerzo lingüístico de sus poetas y sus narradores.

Soy nostálgico por vocación y porque creo que conviene serlo en nuestras sociedades. Creo que el Premio Academia contribuye a mantener la memoria de un pasado donde la significación de los actos culturales no estaba separada del acto de escritura, y al hacerlo, de alguna manera preserva esa unión para un futuro en que lo privado y lo público volverán a significar juntos. Yo agradezco por mí y por mi comunidad esa bella contribución. Y me alegro por ella.